



LOS PROFESIONALES Y OTROS CUENTOS

Rafael M^a Claudín

© Rafael M^a Claudín
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4^a planta
28037 Madrid

El sordo.....	4
El calvo	8
La intrusa	11
El condenado	15
Los profesionales	19

El sordo

El día que se me metió un extraterrestre en la oreja, me quedé sordo. Quizá no fuera un extraterrestre, ahora no estoy seguro; pudiera haber sido una mosca o cualquier otra cosa de la naturaleza. Sí, de la naturaleza, porque un extraterrestre es tan natural como nosotros. ¿O lo que está más allá del mundo no es naturaleza? No sé, alguno de esos tipos que saben habrá pensado en el tema o, si no, algún día lo hará. Pero a mí me entró algo en la oreja, algo extraño, porque cualquier cosa es extraña cuando está dentro de tu oreja. Y se quedó allí, no hizo ruido ni se quejó; entró allí y yo no volví a oír. No sé cómo haría ese bicho, pero, aunque tenemos dos orejas y dos oídos, y él sólo entró en uno, me anuló completamente ese sentido.

Así que, con apenas diecisiete años, con la necesidad de sentir las cosas que tenemos a esa edad, sólo contaba con cuatro sentidos. Me separé de mis compañeros de instituto, de mis amigos e incluso de mis hermanos. No podía entenderlos. Ellos se dirigían a mí y, cuando los veía, podía comprender lo que me decían. Pero, cuando no entraban en mi campo de visión, estaba perdido: no tenía idea de cuándo me hablaban. Poco a poco me fui ganando fama de huraño. ¡Yo, un chico tan alegre, tan risueño! Pero a nadie hablé de mi sordera. Entonces estaba todavía convencido de lo del extraterrestre y me daba vergüenza comentarle el tema a los demás. Bastante tenía con que me llamaran Mulder o, simplemente, Agente, porque nunca me comía un rosco. Ahora sé que habría sido mejor abrirles mi corazón. Me habría dado igual que me llamaran Scully, si ni siquiera los oía; pero me hizo mucho daño perder todos los lazos con la realidad.

En aquella época yo vivía solo con mi madre (mis hermanos andaban ya todos fuera de casa). Ella estaba sorda como una tapia desde los doce años, no sé si por un extraterrestre o una mosca, así que nos entendíamos a la perfección. Es decir, que no entendíamos nada. Pero, ¿qué más daba? Recuerdo que teníamos un vecino que era columnista de un diario importante y, como pensaba que nadie le leía, había conseguido que suscribieran a todo el vecindario. Un día publicó un texto titulado: «Diálogos vecinales». Se había pasado un día entero grabando nuestras conversaciones y las había transcrito. Os podéis imaginar lo absurdas que eran: «¡Chiqui, te he dejado las camisetas en el sofá del salón!» «¡Mamá!, ¿has lavado mis camisetas?» «¡Chiqui!, ¿cuándo piensas quitar tus camisetas de en medio?»

«¡Pero, mamá!, ¿quieres que salga hecho un cerdo a la calle? ¿Y mis camisetas?» En fin, así hasta el infinito. Todo el vecindario sabía qué diablos pasaba con las camisetas, pero lo mejor es que nadie podía protestar, porque no les oíamos.

Yo me di por enterado cuando leí las ironías del columnista. Así que le dije a mi madre, quiero decir, le escribí que mejor nos comunicábamos mediante notas. Ella lo entendió, porque al parecer sabía leer. Sin embargo, con el tiempo quedó claro que no tenía ni idea de escribir. A cada una de mis notas respondía con el mismo monótono «Bueno, quizás». Si hubiéramos hablado, habría quedado algo como esto:

—Mamá, ¿puedo ir al cine?

—Bueno, quizás (respuesta lógica: ¿para qué, si no oyes?).

—Mamá, ¿y mis camisetas?

—Bueno, quizás (respuesta lógica: eso no es asunto mío).

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—Bueno, quizás (respuesta lógica: estaría mejor sola).

En fin, no podía esperar demasiado de su retórica. En cierta ocasión una esperanza, aunque tibia, brilló en el horizonte. Me contestó: «Bueno, quizá». Esa ese de menos escondía tales promesas de conversación que mi corazón se regocijó. Luego descubrí que se le había gastado el bolígrafo y, desde entonces, jamás volvimos a dirigirnos el uno al otro. A veces nos cruzábamos en el pasillo y nos mirábamos como desconocidos. En nuestra primera época de aislamiento, cruzábamos alguna seña. Luego, nada. Lo mismo había estirado la pata y yo no me enteraba. No recuerdo de dónde sacaba mi madre el dinero; hasta ella lo había olvidado.

Un día mis hermanos aparecieron por la casa. Efectivamente, mi madre había muerto al fin. No sé cómo se enteraron, la verdad es que eran unos chicos muy despiertos. Ahí me quedé yo, solo en la casa, sordo, sin amigos y con unos ingresos, no generosos pero suficientes, que me permitían mantenerme sin muchas dificultades. ¿Qué hacía entretanto? Dios, no lo sé. Pasar las horas, creo. Fue entonces cuando la mosca ya era mosca (supongo que por aquello de la edad; el tiempo era muy raro para mí, distinto del que había conocido antes, con sus días laborables, sus festivos, vacaciones y toda la pesca, pero calculo que tendría más de treinta años ya, quizá cuarenta), ya habían quedado lejos los días de Expediente X, yo era más viejo y estaba más dentro de mí mismo.

Y la mosca ya era mosca y un día, de pronto, empezó a bisbisear en mi oído. No decía nada, sólo pfffiu, pfffiu, pfffiu, como si estuviera golpeándose insistentemente contra mi tímpano, como si buscara la luz del exterior, durante tanto tiempo oculta para ella. Creí que había recuperado el oído. Corrí a la cocina y dejé caer un vaso contra el suelo. No estaba seguro de si debía oírme caminar, pero un cristal rompiéndose era la prueba de fuego. Solté el vaso y lo vi caer a cámara lenta. Porque, cuando miras fijamente un objeto y no lo oyes, aparece así. Se estrelló contra el suelo y miles de partículas de cristal salpicaron mis pies. Pero no oí nada. Nada más lejos. No sentí pena por ello, tampoco; más bien me preocupé por salir indemne de esa ciénaga de cristalitos en la que me había metido descalzo.

No era eso, no podía oír. No era eso, pero era algo. Todavía con los pies ensangrentados, envueltos en una venda mal puesta, empecé a contemplar otras posibilidades. Me sentí cada vez más como una mosca, como ese ser diminuto que estaba ahí dentro. Y yo, inocente de mí, que en los últimos años había visto un montón de películas sin oírlas, pensé que quizá sería como el tipo aquel que se convirtió en mosca. Y recordé sus primeros síntomas, su increíble fuerza. Así que me planté delante de uno de los muros de mi casa, uno que varias veces antes había pensado en derrumbar. Lo miré de frente,

como creo yo que se debe mirar a alguien a quien vas a partir en dos, y le pegué un puñetazo con toda la energía de mi ser mosca. La pared quedó asombrosamente intacta, teniendo en cuenta que mi mano parecía un juguete roto, un flan burdamente aplastado.

Metí la mano rota bajo un potente chorro de agua fría, preguntándome qué haría la gente cuando se le presentaban urgencias de ese tipo. «La gente no hace estupideces de ese tipo», fue la respuesta de mi mente. Y me alegré, en cierto modo, de que aún mantuviera, al menos ella, el sentido del humor. Necesitaba aire, empezaba a sentirme agobiado bajo esas cuatro paredes; de pronto, comprendí que llevaba un montón de años allí encerrado; y comprendí todo lo que eso significaba.

Corrí al salón; bueno, miento, me arrastré, penosamente además, porque los pies se empeñaban en sangrar, hasta el salón. Allí abrí las ventanas de par en par y me senté frente a ellas. Apenas me había apoyado en el respaldo cuando me desmayé. Bastante había aguantado ya. Pero el bisbiseo continuaba en su sitio. Había tardado mucho en llegar y no se marcharía tan fácilmente. No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. Ya dije que para mí el tiempo es una cosa distinta. No había relojes en mi casa, ni referencias temporales. El último calendario era del siglo anterior y lo utilizaba como salvamanteles.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. Pero desperté. Y entonces sucedió. Abrí los ojos y llovía. En la calle que había ante mí habían cambiado muchas cosas. Las paradas de los autobuses eran distintas, plateadas y de líneas curvas. Las casas eran más y más altas. El cielo estaba encapotado y caía una lluvia sucia de ciudad, suave de entretiempo, triste de soledad. Tanto tiempo solo y sólo ahora me daba cuenta de que lo estaba. Tuve primero la vaga impresión de que la lluvia estaba ahí por mí. Eso era lo que murmuraba la mosca a mi oído. Pfffiu, pfffiu, pfffiu.

Lo supe entonces, y me olvidé de mi cuerpo dolorido, del charquito de sangre que bañaba mis pies, me olvidé de todo y abrí mucho los ojos para intentar comprender. Respiré ese frescor de lluvia primeriza. Éramos nosotros, los miles de millones de seres humanos, los que conmovíamos la tierra con nuestros estados de ánimo. Tengo que pedir perdón por expresarme tan burdamente, tan sin la sutileza de lo que me transmitió mi bisbiseo, pero he estado tantos años sin expresarme que me cuesta hacerlo. Así que nosotros éramos culpables, al fin y al cabo, de la degeneración de la tierra, pero no por estropearla con nuestros avances, sino por deprimirla con nuestras depresiones.

En aquellos tiempos en que los hombres temían a los dioses de la naturaleza, al de los mares, al de los cielos, al de la tierra, la tierra, los cielos, los mares actuaban en consecuencia, con energía, con crueldad divina. Se comportaban como dioses después de que los hubiéramos endiosado. Y ahora, ahora, cuando nos hemos hecho adultos y nos hemos alejado de la naturaleza y hemos huido de ella, nos hemos entristecido y la naturaleza se ha entristecido con nosotros. Y cada vez se echa más a perder porque cada vez nosotros nos echamos más a perder. Pido perdón otra vez por la parquedad de mis palabras, pero me cuesta hablar, se me pega la lengua al paladar y se me confunden las ideas. Pero fue eso lo que me dijo ese bicho, esa naturaleza metida en mi oído, con los ojos muy abiertos, dejando que me mojara esa llovizna, sucia de ciudad, suave de entretiempo, triste de ser lluvia de hombre.

Yo quise estar más animado, arreglar las cosas con un poco de buen humor. Pero, bueno, ahí estaba la lluvia; y verla caer así, tranquilamente, también como a cámara lenta, era algo que me ponía triste, aunque lo hubiera olvidado. Así que me resigné al placer del conocimiento, al placer de que fuéramos uno y de saber que lo éramos. Pero luego, de pronto, el murmullo calló. La lluvia cesó y entró entonces en la casa un olor de fresco, de calle recién lavada, de polvo pisado por el agua. Pero se había ido ese instante. Ya no era capaz de comprender todo eso que hacía un momento tenía la seguridad de que jamás olvidaría.

Me incorporé como pude, intentando capturar lo que se me escapaba. Lo que se me escapó. Volvieron los dolores y me salió del pecho un suspiro que sonó como el rugido de un león, porque quién sabe desde hacía cuánto tiempo no oía yo un suspiro. Y poco a poco fui descubriendo todos los ruidos de la casa, la madera que crujía, los rumores de la calle, las conversaciones de los vecinos, el ruido de la puerta que se abría.

Me giré y allí estaban mis hermanos. Mis hermanos... Quizá estaban allí para ver si me había muerto de una vez. Ya dije que siempre habían sido muy avispados. Pero, ¡Dios!, qué viejos estaban. Eran ancianos. Recordé con espanto que yo era mayor que ellos. Me miraron muy serios, como si quisieran evaluar con la mirada la profundidad de mi locura. El pequeño se encogió de hombros, pero el otro exclamó:

—Dios mío, esto está lleno de sangre seca.

Sonreí mirándolos. Maldita sea, si sólo por un momento pudiera contarles lo que acababa de experimentar. Pero no, era imposible, impensable. Demasiado avispados para eso. El pequeño dijo:

—A él le da igual. No puede entendernos. No nos oye. Quizá hasta se le haya olvidado hablar.

Yo los oía discutir por mí. Pero no quería oír. Quería quedar sordo de nuevo, escuchar sólo una vez más el bisbiseo de la mosca en el tímpano. Y me callaba como una puta. Tiene gracia que lleve años sin formular un pensamiento y me acuerde de frases como ésta.

—Vámonos de una vez.

Ante eso levanté la cabeza enérgicamente. La independencia, pase. Pero tenía una mano destrozada y los pies llenos de regalitos irisados. Lo odiaba pero los necesitaba. El mayor de los dos se dio cuenta de mi gesto y se acercó a mí.

—Parece que nos ha entendido. Oh, Dios mío, ven a ver esto. Tiene una mano rota. Y los pies. Prefiero no ver cómo están. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Menos mal que todavía a alguien le quedaba algo de sensibilidad en aquella habitación. Bueno, estaba a salvo. Ya podía volver a ausentarme, a intentar recuperar el silencio, con su manto protector de vacío, y luego un murmullo insistente y la revelación, sólo una vez más pero al menos una vez más. La revelación. Mi hermano me miró a los ojos y preguntó:

—¿Te llevamos al hospital? ¿Quieres que te llevemos al hospital?

Era necesario realizar un último esfuerzo antes de regresar a la nada, a esa nada cómoda que me había cuidado todo ese tiempo. Un último esfuerzo. Abrí la boca y, con una ronquera de años de mudez voluntaria, dije:

—Bueno, quizás.

FIN

El calvo

Siempre quise ser calvo de culo. Pues, ¿acaso hay, en la naturaleza, algo más hermoso que el culo de una mujer, terso y pulido como el mármol, curvo y sensual, sin brotes de vello, o el de un niño, tierno y jugoso, dulce y rosado, suavemente lampiño?

Yo no soy especialmente narcisista. Al contrario, nunca me ha importado demasiado la ropa que me pongo, y menos aún la forma que, a lo largo de los años, ha ido adquiriendo mi cuerpo. Pero el culo, ¡ah, el culo!, siempre he odiado este culo mío, tan cubierto de pelos que la piel te la tienes que imaginar. Espero que no se me entienda mal: aunque, como todo el mundo, haya picado de aquí y de allá, no soy maricón, en absoluto. Es sólo que me gustaría acariciar mis nalgas sin que se me quedasen atrapados los dedos...

Inició esta obsesión mi madre, inocentemente, como lo hacen todas, cuando apenas contaba yo doce años de edad. Ocurrió durante una de esas veladas horribles en que tu madre ha invitado a su mejor amiga de la infancia y tú tienes que vestirse con tu mejor traje de señorito, tomar té, sonreír y comerte los mocos a escondidas. Estaba yo profundamente abstraído contemplando una mota de polvo cuando de pronto caí en la cuenta de que estaban hablando de mí. Hice un esfuerzo para sobreponerme al sopor que me dominaba y agucé el oído.

—Pues este señorito —decía mi madre— se negaba a salir. No te puedes imaginar la guerra que me dio. El condenado debía de estar muy a gusto ahí dentro. Fue un parto larguísimo. Era muy mono, aunque no tenía un pelo en la cabeza. Te vas a reír, pero lo mejor de todo era que los tenía en el culo.

Había dicho esto con una mezcla de vergüenza y orgullo. Se calló un momento y luego prosiguió:

—Sí, tenía todo el culo cubierto por una fina capa de vello. Curioso, ¿verdad?

Durante un eterno silencio las dos me miraron como a los monos del zoológico. Luego la amiga de mi madre soltó una carcajada de foca. Yo estaba rojo de ira, no tanto porque ventearan tan a la ligera mis asuntos íntimos como porque había descubierto que ni en mi más tierna infancia había estado libre de pelos en el culo. Desde entonces no hubo en mi vida mayor frustración que la de no haber podido lucir nunca unas posaderas lampiñas.

Tengo que decir que, además, la pubertad me afectó especialmente al culo. Los pelos se multiplicaron en esa zona de forma tan sorprendente que tuve que comprarme un cepillo de púas de hierro. La naturaleza, por si fuera poco, me proveyó de un fenomenal torso en el que no asomaba ni un solo pelo. En la playa mi imagen resultaba, cuando menos, ridícula: de la cabeza a la cintura no tenía más sombra que la del tímido bigote, pues llevaba tan corto el cabello —por lo demás, espeso y negro— que cubría mi cráneo que apenas se fijaban en él; de la cintura a los pies, sin embargo, era tan excepcionalmente velludo que parecía que llevaba pantalones. ¡Oh, qué años de mortificaciones y sufrimientos!

Recuerdo todavía con embarazo lo vergonzoso que era ducharse con los compañeros del equipo de fútbol. Peluche empezaron a llamarme, después de verme el culo por primera vez. También estropeó mis relaciones con las mujeres. Merced a mis dotes naturales —que, tengo que decirlo, en aquella época no eran escasos—, las mujeres caían en mis brazos con relativa facilidad. Cuando me metían mano, sin embargo, no podían evitar soltar una carcajada, cuando no retiraban la mano con un grito, como si hubieran tocado una masa viscosa. Algo siempre humillante.

Por no hablar de las devastadoras secuelas en mi sexualidad. Tengo que decir que jamás he considerado que he poseído realmente a una mujer hasta que no la he dado bien y completamente por culo. Jamás perdí tampoco la ocasión de tocarle el culo a los niñitos y niñas que se acercaban a mí (y, gracias a Dios y a mi puesto de profesor, han sido muchos). El culo, señores, ¡ay, el culo! Debo confesar, además, el deleite que me ha producido siempre escuchar expresiones como: «¡Que te den por culo!». De todas maneras, para la tranquilidad moral de los padres de mis alumnos, siempre castigué las expresiones de este jaez con sendos varazos, a culo desnudo, por supuesto.

Pero volvamos al mío propio. Naturalmente, más de una vez decidí afeitármelo. Mas, ¡ay, engañosa suavidad del afeitado! Pues un culo afeitado no es en absoluto como un culo sin pelos. Para empezar, sólo parece suave si lo acaricias en un sentido, pues en el otro raspa. Y digo «parece» porque en el sentido correcto la tersura no es verdaderamente tal. En efecto, prescindiendo de los lógicos tajos que me pegué las primeras veces, ni siquiera cuando me convertí, probablemente, en el primer hombre en dominar la técnica del afeitado trasero el depurado era perfecto. Pues el culo, incluso el mío, es blando y poroso, y si lo examinas con detalle descubres numerosos pliegues y curvas en los que la cuchilla es incapaz de penetrar. Además, por tan sólo unas horas de consuelo el sufrimiento dura semanas. Una perdida gota de sudor escuece como un latigazo y te ves obligado a sentarte en un flotador, con la única y mediocre satisfacción de que durante un tiempo no encuentras tropezones de heces en el culo...

Con el tiempo mi carácter se fortaleció sobremanera, como ocurre con toda persona que tiene que mantener oculta una pasión desenfrenada. Sin embargo, mi único testigo, es decir, Dios, que está en todas partes y, para desgracia mía, todo lo ve, me lanzó, cuando pasaba ya de los cuarenta, un castigo que atizó con mayor fuerza la vergüenza de mi oprobio. A mí, que, además de en el culo, tenía en la cabeza una hermosa cabellera morena y brillante, me atacó una irrefutable alopecia galopante.

En dos semanas no me quedó un solo pelo en la cabeza. Sucedió que por entonces mi madre, que ya chocheaba un poco, vivía conmigo. Y yo, indulgente con la ancianidad, le permitía que recibiera visitas una vez a la semana. Y el jueves en que mi alopecia dio por terminado su trabajo llegó la visita de mi madre, a la sazón aquella misma compañera de la infancia que fue testigo de excepción del primer capítulo de mi desgracia. La amiga de mi madre, apenas me vio, dejó escapar una baba a través de su boca entreabierta. Sin apartar los ojos de mi blancuzco cráneo, exclamó:

—¡Válgame Dios, don Blas, se ha quedado usted calvo, completamente calvo!

Tenía la boca tan flácida que no era capaz de mantener la dentadura postiza, que en cada sílaba intentaba escapársele entre los labios. La hubiera estrangulado allí mismo, si no fuera porque mi buena madre estaba presente. De momento me conformaba con despedazarla con una mirada asesina. Ella no se dio por aludida y todavía se atrevió a exclamar:

—¡Calvo como el culo de un niño!

No era tanto una ofensa como una blasfemia incomprensible. ¡«Como el culo de un niño», ese cráneo mío en el que parecía haberse grabado cada curva del cerebro, blanquecino y enfermizo! Le crucé la cara con tanta violencia que su dentadura postiza voló por los aires, intentando inútilmente cazar una mosca. Para mi madre fue el fin de una hermosa amistad que había durado muchos años. Para mí fue el inicio de la época más oscura de mi vida: me encerré dentro de mí mismo, dejé de hacer vida social y me dediqué a vivir de las rentas.

Mi única esperanza de entonces, lo que me permitía seguir vivo, era la vejez. En efecto, esperaba que la vejez, aunque produjera numerosas arrugas, al menos lograría acabar con el espeso vello de mi culo. ¡Cuán engañado estaba! Arrugas sí me trajo, pero los pelos (eso sí, en menor número) siguieron en su sitio.

Es más, ahora la situación es más difícil, porque se me erizan como cerdas y si dejo que crezcan parece que tengo un erizo en el culo. Así que, cada mañana, al levantarme, con unas tijeras me los corto uno a uno. Sin embargo, las ocupaciones del asilo no me dejan más que una o dos horas libres, de modo que no me da tiempo a acabar con mi mata de pelo en un solo día. Empiezo por el glúteo derecho y cuando, una semana después, he acabado con el izquierdo, tengo que volver a empezar, pues crecen muy deprisa.

Sin embargo, lo peor de todo no es eso. Este mes ha llegado un director nuevo al asilo y ha iniciado lo que él llama «política de aceptación de la muerte». Cada día tenemos que soportar una película sobre la vida después de la muerte, la eutanasia, el culto a la muerte en los pueblos antiguos, la pena de muerte, etc. Y ayer mismo, gracias a una película titulada «La descomposición de los cuerpos», supe que el vello sigue creciendo durante mucho tiempo después de que hayamos muerto. ¡Así que me voy a quedar antes sin culo que sin vello!

FIN

La intrusa

Llegó allí sin las ideas muy claras y salió media hora después, con un contrato y unas llaves nuevas, hipnotizado por una viuda vieja y lista, medio sorda y casi ciega, que se había dado cuenta en seguida de que él miraba todo con ojos vacíos y asentía estúpidamente a lo que le decía.

Cuando trasladó sus libros y sus escritos dio varias vueltas a la manzana, cargado con dos o tres maletas, porque no se había fijado en el portal. Al fin lo encontró y, cuando se vio solo, en medio de una habitación amplia y oscura, amueblada de forma extraña e impersonal, sintió miedo ante el nuevo mundo que lo había atrapado. Durante dos días no se atrevió a mover las maletas de ese lugar. Dormía tendido con indolencia en el sofá cama. Por las mañanas se sentaba en su maleta y miraba la habitación. Esperaba que ocurriera algo, quizá, pero todo permanecía siempre igual. Por el gran ventanal entraba una luz neutral que iluminaba torpemente la horrible mesa camilla negra, el inútil armario ropero, el sofá incómodo. Al tercer día decidió que le sería imposible escribir en aquella mesa y trajo la suya propia. La colocó bajo la ventana, como implorando un poco de luz. Fue entonces cuando empezó su lento proceso de conquista. Compró una estantería para sus libros y desempaquetó finalmente sus maletas. Ordenó sus cosas sin demasiada precisión y luego decidió enfrentarse al baño y la cocina. Ésta era alargada y estaba llena de muebles inútiles e imposibles. La cocina era eléctrica, pero descansaba sobre una antigua cocina de gas, inservible. La nevera era diminuta, como todo allí, y los cacharros estaban a ras de suelo en unos mueblecitos hechos para enanos. La lavadora era lo más moderno de todo el conjunto. Parecía nueva y, desde luego, en perfecto estado. Pero junto a ella había un mueble absurdo. Era bajito y estaba apoyado en el suelo. La decoración grasienta demostraba que pertenecía al mismo lote que los demás, pero era imposible abrirlo porque la puerta estaba pegada a la lavadora. El cuarto de baño, sin embargo, le llenó de esperanza. Había sido reformado hacía poco. Tenía, sobre todo, una enorme bañera en la que él resolvió darse un chapuzón tan pronto como hubiera acabado de instalarse.

Aquel mismo día intentó escribir sentado en su mesa implorante, pero el esfuerzo pareció elevar su temperatura corporal de forma fascinante. Sólo después de dos horas de enormes chorros de sudor se dio cuenta de que el radiador que estaba a sus pies se había encendido solo. En su acalorada ofuscación, no fue capaz de encontrar el regulador y cortó los cables que unían el radiador a la red. Totalmente des-

nudo todavía, mientras el calor se marchaba a paso de tortuga, de nuevo intentó escribir. Los dedos de sus pies desnudos jugueteaban en las cercanías del radiador mientras él buscaba la inspiración de las musas cuando una cucaracha se acercó a jugar con ellos. Era enorme y tersa y él al principio no supo cómo reaccionar ante esa atrevida paseante, pues estaban en mitad del día. Sólo después de comprobar su tamaño y tacto con el dedo gordo del pie pegó un salto y se puso rápidamente unas zapatillas. El bicho se asustó y corrió a esconderse. Él no era un experto cazador, pero con paciencia, tiempo, una escoba y un recogedor, logró atraparla y darle un baño eterno en la taza del retrete. Para entonces se había hecho la hora de comer, si no había pasado ya, y su cuerpo le pedía alimento a gritos. Así es que se dispuso a preparar la primera pasta de su nueva casa. El calor eléctrico tardó casi una hora en hacer hervir el agua, pero cuando echó la pasta no volvió a hacerlo. En realidad, el agua no parecía ni caliente. Una hora más hizo falta para que comiera una pasta que se deshacía por fuera como una besamel sin sabor y por dentro estaba todavía tan cruda que crujía. Decepcionado por tanto fracaso, decidió tomarse el deseado baño. Su primer descubrimiento fue que el tapón era demasiado pequeño para el desagüe. Hizo un apaño envolviendo el tapón en un calzoncillo sucio (pues para entonces ya no tenía ropa limpia) y, satisfecho por su ingenio, abrió el grifo de la bañera. Salió un borbotón de agua naranja y arenosa. Tuvo que quitar su tapón maloliente y hacer correr el agua caliente hasta que dejaron de caer piedras. Al fin, dejó que la bañera se llenara a su aire. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la pequeña cisterna que había en la cocina contenía toda el agua caliente de la casa, insuficiente para llenar siquiera la mitad de la bañera. En realidad, lo supo poco después, cuando sumergió su cuerpo exhausto en una agua helada que se llevó las pocas fuerzas que le quedaban. Algo se lavó, sin embargo, y después de secarse se dio cuenta de que no tenía ya ropa limpia. Se puso unas bermudas y llenó a rebosar la lavadora. Al menos, algo estaba bien en aquel lugar. Programó como mejor pudo el aparato y se sentó a leer un libro mientras esperaba a que acabara aquel estruendo acuoso de vueltas que llenaba la casa. Había conseguido introducirse apenas en la lectura cuando el estruendo que ya antes le había parecido horrible se convirtió en ensordecedor. Se dirigió a la cocina creyendo que había entrado en ella uno de los ingenios alienígenas de H. G. Welles y se encontró con una lavadora que se paseaba a saltos voraces en un centrifugado furioso. Logró apagarla antes de que lo arrollara y se quedó observando tristemente aquella lavadora detenida en medio de la cocina, aquel pequeño mundo de bichos y desperdicios que había dejado al descubierto, aquel tubo desbocado que en sus últimos estertores todavía vomitaba un agua pestilente sobre el suelo. Se dio por vencido y se despidió de ese día aciago intentando coger el sueño en un sofá cama del que colgaban los pies y en el que no podía moverse sin caer al suelo.

En aquella época, el desconcierto en su vida era general. El día que se trasladó allí, el tiempo había empezado a volverse loco. Amanecía con un cielo límpido de verano; a mediodía no había un resquicio de luz entre la espesa capa de nubes. La noche era un misterio: a ratos no se veía una estrella o se veían demasiadas para estar en una gran ciudad. Toda aquella semana el tiempo fue un misterio. Desde su nueva casa, además, ni siquiera era capaz de saber si en ese momento hacía bueno o no. Había una única ventana en el apartamento, grande y alargada. Apenas entraba luz por ella, pues el enorme muro del otro lado del patio era tan alto y estaba tan cerca que tenía que sacar la cabeza para ver un escuálido pedazo de cielo. En la calle, a menudo se encontraba en camiseta bajo una lluvia torrencial o sudando enfundado en un abrigo de fieltro, castigado por un brillante sol de verano. Andaba como ido, sin darse cuenta exacta de las cosas que le ocurrían. Había entrado en esa casa huyendo de algo, de un fracaso amoroso o de un editor inepto, y cuando huía de algo perdía por un tiempo la dimensión de lo

real. Tenía demasiados pensamientos en la cabeza y demasiado malos. Entonces es cuando más necesitaba escribir. Era para él una purificación en la soledad de su escritorio.

En su precipitada búsqueda de la soledad alquiló ese cuchitril.

•••••

En los días siguientes, la lavadora siguió allí, en medio de la cocina, cargada de ropa. Él no se atrevía a mover ese monstruo que le había desafiado. Y, a pesar de que había logrado lavarse con agua caliente, había proseguido su cruzada contra las cucarachas con dos o tres capturas y el radiador, inutilizado, había dejado de emitir descargas sobre sus pies, no lograba concentrarse. Pensaba que la culpa era de la lavadora aquella. Pasaba horas mirándola desde la silla que estaba frente a la mesa. Al fin decidió, simplemente, inutilizarla. Para empezar, vació el bombo y colgó la ropa en el tendedero, viejo y curvado. La ropa goteaba todavía, pero no le importaba dejarla allí durante días. Luego fue a devolver la lavadora a su lugar pero, apenas le había puesto las manos encima, oyó un ruido seco y breve, seguido de un chirrido intermitente y continuo. Se asomó a la ventana; uno de los extremos del tendedero había cedido bajo el peso de la ropa chorreante, que ahora se bamboleaba con suavidad, colgada del otro extremo, una oxidada pieza de algún metal dudoso que estaba a punto de dejar de serlo. Rescató rápidamente su ropa y la extendió por toda la habitación. Era tanta que no le quedó sitio para sentarse. Las sillas, las dos mesas, el sofá, todo estaba cubierto por calcetines, calzoncillos, camisetas y pantalones que tardarían días en secarse. Se paseaba por la habitación, sintiéndose ridículo, soplando de vez en cuando la ropa con ese humor que sólo se tiene cuando se está solo. Cuando se cansó de estar de pie se sentó sobre la lavadora, que entonces todavía observaba con ojo sarcástico toda la escena desde el centro de la cocina. Entonces, allí sentado, cuando estaba culpando a esa maldita lavadora de su dispersión, del Cristo que se había montado en esa casa que nunca sería suya porque nunca conquistaría, se dio cuenta de que ella no era la culpable, sino ese mueblecito inútil y ridículo como él mismo, sentado sobre aquella furiosa centrifugadora, ese mueblecito que sólo ahora podría ser abierto y que guardaba en su interior, estuviera lleno o vacío, la causa de que él fuera incapaz de centrarse en su soledad. Entonces se bajó de su cabalgadura y, con gesto brusco y ansioso, abrió el mueble.

Allí estaba la intrusa.

Era una planta muerta. Confusamente recordó las reconvenciones de la patrona. Ni animales, que lo destrozan todo, ni plantas, que atraen insectos. Aquella enorme maceta de arcilla no tenía más que dos tronquitos amarillentos de los que pendían unas hojillas descoloridas, inidentificables para él, que sólo sabía reconocer rosas y adelfas. Cogió la planta y la colocó en el único sitio libre que quedaba, el centro de su mesa. Luego colocó la lavadora en su lugar. Más tarde, cuando anocheció, amontonó la ropa húmeda sobre una silla para echarse a dormir y quiso olvidar la planta. Su primer impulso había sido destruirla o, de manera menos dramática, simplemente tirarla al cubo de la basura. Pero no pudo. Y ahora, en la oscuridad de su cuartucho, miraba hacia ese lugar de la negrura en que habitaba esa presencia. Por la mañana ya se había rendido. Tenía la vaga esperanza de que al abrir los ojos la planta se hubiera volatilizado. Cuando la vio, se levantó pesadamente, fue por un vaso de agua y la regó. Luego la sacó al pretil de la ventana para ver si era capaz de encontrar el sol y volvió a extender por toda la habitación su ropa que, por cierto, ahora que empezaba a secarse, estaba completamente azul.

En los días siguientes logró combinar alguna frase. Pero sólo era capaz de escribir pequeñas cosas dispersas. Pasaba casi todo el día sentado ante su mesa, pero la mayor parte del tiempo simplemente observaba cómo esa planta que había creído muerta iba tomando progresivamente color y se estiraba en una búsqueda desesperada del sol. Por la noche le daba apuro dejar la planta a merced del despiadado tiempo nocturno y la dejaba cariñosamente sobre su mesa.

Fue sólo mucho después cuando, viendo que no le salía otra cosa del alma, empezó a escribir sobre ella. Compuso poemas a su verdor, a sus hojas alargadas hacia la vida, a sus tallos firmes y robustos, a su recién estrenada exhuberancia. Porque, en los días en que él se rindió al atractivo de su intrusa, fue cuando se puso ella más hermosa. Sus hojas se multiplicaron y adquirieron tonalidades exóticas, festejando su devoción. A él le excitaba verla vestida con sus mejores galas y escribía tiernos versos a la belleza vegetal. Con el tiempo pareció que la planta iba a tener sus primeras flores. Por entonces él se sintió de pronto intranquilo. Seguía tratando a la planta con amor, regándola primorosamente cada día, frotándole las hojas como a ella le gustaba, protegiéndola paternalmente por las noches. Pero algo le disgustaba por dentro y no lograba descubrir qué era. Empezó echándole la culpa absurdamente de sus pequeñas desgracias. Que si tenía toda la ropa azul porque ella..., que si era incapaz de concentrarse para leer porque ella..., que si le dolía la cabeza porque ella... Cuando se descubrió estos pensamientos, se sintió tan ridículo que redobló sus cuidados, aunque por dentro sus dudas continuaban. Pudo ser una visita indeseada, o quizá tuvo uno de esos momentos de imposible sinceridad con uno mismo, pero de algún modo le llegó la frase que le estuvo martilleando durante días: ¿no tienes miedo de que toda esa frondosidad te asesine durante la noche? La planta era por entonces un inmenso foco de vida de dos metros de alto por uno de abundante ancho. Fue entonces, cuando él la posaba en el suelo (sobre la mesa ya no entraba) mirándola con incipiente horror, que ella echó finalmente su primera flor.

Esa misma noche escribió él un largo relato terapéutico en el que contaba la aparición de la intrusa, los albores de su amor, el cenit de sus riegos y el comienzo de sus temores. Acababa el relato con su propia muerte a hojas de la planta, en una noche infausta en la que no le dejó más aire que respirar. A la mañana siguiente, tras unas pocas horas de recursivas pesadillas, el alma se le llenó de tristeza. La flor estaba ya marchita. Los pétalos estaban replegados sobre sí mismos, secos. Empezó entonces la rápida decadencia de la planta. No volvió a florecer. Las hojas se derrumbaron y los grandes tallos se quebraron. Él sintió en lo más hondo su traición, pero ella no era ya sensible a sus caricias ni a sus halagos. En un suspiro volvió a ser la planta muerta que él conoció. Dos tallitos secos de los que colgaban unas escuálidas y diminutas hojas. Y luego ya ni eso. Abandonó la maceta con arena seca en un parque grisáceo; no había tenido valor para enterrarla en un bidón de basura.

Por fin estaba solo. Solo con sus hojas en blanco y su vacío interior, ese vacío de lo más hondo. En la repisa de la ventana estaban todavía las huellas de la maceta y dentro, en el aire, respiraba aún ese aire de otro. Se quedó sentado ante su mesa, mirando estúpidamente el vacío, a la espera de la irrupción de otra intrusa.

FIN

El condenado

La primera vez que lo vi, me dijo:

—He venido hasta aquí para olvidar.

Hasta aquí era el confín del mundo. Había llegado a la cantina después de caminar durante horas. Era apenas un pueblo, polvoriento y seco, de la sierra andina. Cuatro casas encaladas situadas en algún lugar perdido de la frontera. Habían cambiado tanto de patria que nadie sabía a cuál pertenecían. El sudor saltaba la barrera de las cejas y se me metía en los ojos. En la cantina, él estaba sentado al fondo, con la mirada metida en la botella de licor que sujetaba su mano derecha. Había oído hablar de él. Era un europeo que había perdido el juicio y, decían, jamás pronunciaba una palabra. Por eso me sobresalté cuando dijo:

—He venido hasta aquí para olvidar.

Y aún no me había mirado. Sólo su frente me observaba, y yo realmente me sentía observado por ella. Tenía brotes canos en el pelo desordenado y sucio. La piel estaba curtida como la de los hombres de la zona, pero no había perdido el aire de un europeo. Por un momento me pareció absurdo lo que dijo. Allí no se iba a olvidar, sino a ser olvidado.

—El olvido no se busca. Es lo que nos persigue— dije, e inmediatamente me arrepentí. Yo era joven entonces, tenía facilidad para envanecerme con las palabras. Él levantó la cabeza. Su barbilla, que antes se perdía en la sombra, ahora estaba comida por una barba grisácea. Me miró con unos ojos negros y acuosos. Por un momento tuve la impresión de estar viéndolo en blanco y negro. Era ese calor duro de la sierra. Antes de seguir hablando, porque siguió hablando, sonrió levemente. No sólo había reconocido en mí a un europeo, sino el ímpetu de la juventud.

—Para olvidar a una mujer.

Eso me desarmó. Por un momento creí que realmente estaba loco. Yo conseguía mujeres rápidamente y las olvidaba más deprisa todavía. Era demasiado joven para comprender y demasiado joven, también, para ignorar su voz, de modo que me senté frente a él para escucharlo. Su voz, no os he dicho nada de su voz. Parecía que, efectivamente, llevara mucho tiempo sin hablar. Los dos o tres parroquianos que había lo miraron sorprendidos, pero rápidamente volvieron a bajar las cabezas; en esas tierras

se acostumbran muy fácilmente a todas las cosas. Su voz quebró la quietud, ronca y grave, seca como el aire y agrietada por el güisqui. Se llevó la botella a los labios y luego, completamente sereno, dijo:

—Pero aún la recuerdo. Hubo una última vez que la vi. una última vez que ella fue ella y yo un niño tembloroso, inseguro por el ligero contacto de su cuerpo, tan ligero que no llegó a ser. Era una mujer como todas las demás, quizá. Pero yo la sentía tan cerca... Para mí cerrar los ojos y sentirla era igual que tenerla a mi lado. Soñé muy a menudo con su cuerpo. Había respirado su piel y lo había visto amanecer con el pensamiento. La había moldeado con mis manos, sin tocarla nunca.

Aquí hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran en mí.

—Porque nunca la toqué. Ni la besé siquiera.

Su risa sonó breve y grave en el silencio denso de una tarde seca de sol. Insisto en que yo era demasiado joven para comprender. ¿Podía estar enamorado de una mujer a la que no había tocado? Él, como leyendo mis pensamientos, después de mojar la garganta en alcohol, volvió a la carga:

—Hace ya muchos años de eso.

¿Muchos años? ¿Me tomaba el pelo? Me di cuenta entonces, cuando me sentí burlado, de que había entrado ahí con objeto de beber algo fresco y descansar, y no estaba haciendo ni una cosa ni otra. Pero él siguió.

—Siempre hay una última vez con una mujer. También con ella hubo una última vez. Y pasó. Dijo mi nombre, al despedirse, con su modulación ligeramente brusca de las palabras. Hacía lo mismo que todo el mundo, pero de una forma distinta. Cómo jugueteaba con el mechero, cómo fruncía los labios con la risa, cómo se sonrojaba. Adoraba cada pequeña cosa que hacía. Por eso nunca le dije que la amaba. Temía que se separara de mí, que no quisiera volver a mi lado. Un día no pude más.

»Deseaba tanto sentir su piel, respirarla... Decidí arriesgarme a perderla. Una recompensa mínima me bastaba. Nos encontramos en una cafetería en la que a menudo nos veíamos. Había pensado declararme nada más verla, antes de que me diera tiempo de arrepentirme, pero ella, en cuanto me vio, dijo:

»—Tengo algo que contarte.

»Naturalmente, esperé a que ella me hablara. Y ella siguió con la misma naturalidad.

»—Ricardo quiere que me case con él.

»—¿Qué le has contestado?

»—Nada todavía.

»Ricardo era su *otro* amigo. A decir verdad, también lo era mío. Era eso que llaman un militar brillante: un hombre que está haciendo una gran carrera en el ejército. Estaba pasando una temporada en nuestra ciudad. Recuerdo que tenía una rosa tatuada en el brazo, casi a la altura de la muñeca. Una rosa con siete espinas. Se casaron al final de ese año. No esperé a que volvieran de la luna de miel. Quería poner tierra de por medio. Quise dejarla atrás, pero cuanto más me alejaba, más presente la tenía. Es inútil que te cuente cómo he llegado hasta aquí, hasta ninguna parte. Es algo que no tiene importancia.

Volvió a echar mano de su botella. Yo aproveché para pedir un licuado y una botella de agua. Creí que aquel culebrón todavía iba a dar mucho de sí, pero no volvió a hablar. Parecía dormido, porque volvió a fijar su mirada, más allá del alcance de la mía, en la botella. De pronto, sin embargo, dio un nuevo trago. Yo aproveché para preguntar, un poco por cortesía.

—¿Cómo se llamaba?

Me miró un instante. Los ojos se le derramaban pero no lloraba. No contestó. Metió otra vez los ojos en la botella. Me sentí incómodo y me levanté bruscamente. Pagué y salí de allí a toda prisa. Antes de cruzar el umbral de la puerta, dijo:

—Su nombre lo guardo para mí.

Me giré. Seguí en su postura inamovible. ¿Había oído su voz o sus pensamientos? La tarde me recibió con una bofetada de sol. Me alejé de ese sitio como alma que lleva el diablo. Que nadie me culpe, repito que entonces era joven. Ahora me habría gustado haber permanecido un tiempo con ese hombre, que me dijera todo sobre ella. Pero me fui y tardé mucho tiempo en volver a ese lugar. La vida nos zarandea a veces, y cuando volví a pisar aquella sierra había pasado casi quince años.

Entré otra vez en la cantina, con el polvo pegado al paladar. O el calor era más seco o yo lo aguantaba peor. No esperaba encontrarlo, pero estaba allí. Más viejo, más negro de piel y más blanco de cabello. Dejaba rodar sus ojos por la mesa mientras sostenía en la mano una botella de alcohol; el licor era peor y la mano más temblorosa. Lo demás era exactamente igual. Me dio la impresión de que incluso los comensales eran los mismos.

—He venido hasta aquí para olvidar.

Hasta aquí era el confín del mundo. Parecía su frase de bienvenida. Pero no. Levantó la cabeza y me sonrió. Me había reconocido. No sé cómo, porque la vida no me trató bien y parecía que el tiempo se había ensañado conmigo. Me invitó a sentarme como si nos hubiéramos visto por última vez hacía una semana. Pedí algo de beber y me senté a su lado.

—Pensé que no volverías. Y los últimos años lo he esperado con ansia.

Sus ojos me miraron suplicantes. Yo no sabía de qué me estaba hablando. Me fijé en su barba, mucho más larga y completamente nivea. Siguió hablando.

—El tiempo es un llanto que se va apagando, un amigo engañoso que te deja la boca seca. Quiero pensar en ella, pero... No puedo. Hay una bruma leve y un recuerdo impreciso que se va deshaciendo detrás de ella. La fui perdiendo. Primero fue dejar de escuchar el timbre de su voz. Fue poco a poco, sin que tuviera tiempo de darme cuenta de que desaparecía. Pero su voz ya no estaba. Luego fueron sus gestos. Todo eso que antes, cuando estaba a solas, no tenía que imaginar, simplemente veía, dejó de existir. También su cuerpo. Necesito tu ayuda. A ti te hablé.

Lo comprendí de pronto. Pero entonces no era el que soy ahora. Tenía cuarenta años y había partido una vez más en busca de mí mismo. Mi cabeza era un cajón de sastre. Era incapaz de recordar nada concreto. Ojalá pudiera hablar con él ahora, que soy viejo y mi vida vuelve a mi memoria claramente. Creyendo que no lo comprendía, insistió:

—Tienes que ayudarme a recordar. Vine aquí a olvidar, pero me está comiendo el olvido. La necesito. De noche, antes de que me acabe desmayando el sueño, me diluyo pensando cómo se va quedando atrás. Es un gerundio lento que me descorazona. Mi mente no puede ver ya su rostro. ¿No te describí su rostro? ¿Cómo puedo decir que la quise o que la quiero? Sin su rostro...

Comprendió entonces que yo no podía ayudarlo. Se calló durante un instante, pero yo seguí oyendo su voz. Era más vieja, más profunda. Quizá no había pronunciado una palabra en todos esos años. Hablaba con el lenguaje de los pensamientos, como alguien que no tiene contacto con las palabras de los demás. Me ignoró inmediatamente, cuando se dio cuenta de que no le podía ayudar. Sin embargo, todavía añadió para sí:

—Sólo me queda el nombre.

Me iba a retirar discretamente, pensando que aquello ya no iba conmigo, pero él me contuvo con un gesto y siguió, alto para que yo lo oyera:

—Me lo repito una y otra vez, su nombre, es mi forma de pensar en ella. Pero no me atrevo a pronunciarlo. ¡Maldita sea! No me queda más que una nada estúpida. Ni un recuerdo ni una sonrisa suya, ni siquiera un sueño que me libre del desconsuelo.

Una vez más huí de allí. Mi vida era complicada y la pena de aquel hombre era demasiado grande y

demasiado extraña para mí. Pero volví, diez, o quizá quince años después. Entonces no era raro ver otros turistas que intentaban disfrazarse de nativos con la ropa comprada en los mercadillos. El pueblo había crecido y su gente parecía haber encontrado una patria. Los turistas caminaban por las calles mal empedradas. Junto a ellos, indigentes y vagabundos los cercaban con las manos extendidas. Yo empezaba a tener una apariencia de anciano venerable; no pasaba mucho más allá de los cincuenta años, pero estaba tempranamente envejecido. Por eso nadie se acercaba a pedirme. Tenía la pobreza escrita en las arrugas del rostro. Sin embargo, un hombre encorvado se acercó a mí y me susurró algo al oído. Sentí un inmediato rechazo por el fuerte hedor que despedía. No levantaba la cabeza del suelo, de modo que no lograba oírle. De su calva maltratada por el sol apenas colgaban unos cuantos pelos grasientos. Pero me detuve y lo miré. Estaba completamente consumido; volvió a decir algo. Me incliné y levanté su rostro. Era él. Eran sus ojos negros, tan grandes que se escurrían de las órbitas. Dijo, ahora claramente:

—¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre, pero no se inmutó. No era eso lo que quería.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Lucía. Si la tuviera, se llamaría Lucía.

Pareció meditar durante un instante la respuesta. Luego murmuró.

—No, no es. No es.

Se alejó de mí inmediatamente y se acercó a otro europeo que se movía entre la gente. Mantuvo con él una conversación breve, como la mía. Luego, el vagabundo se mezcló entre la gente. Esa noche, en el hotel, me encontré con el otro europeo. Era un hombre bastante mayor, que caminaba con cierta elegancia marcial. Me acerqué a él y le pregunté por el vagabundo. Con esa camaradería de quienes están de paso, me contestó:

—Un tipo raro, de los que no ves todos los días. A mi mujer le habría encantado como personaje de la zona. Pero ella prefirió quedarse en el hotel de la capital. Ya sabe, este tiempo bochornoso que le deja a uno la garganta seca. El caso es que ese hombre tenía el rostro familiar de un europeo.

Mientras hablábamos yo no podía quitar los ojos de las mangas de su camisa. Había algo allí que me resultaba familiar. Él siguió.

—Me preguntó por el nombre de mi mujer. Yo se lo dije. Qué iba a hacer. A ella no le importaría, ¿sabe usted? Lo sé bien. Llevamos ya cuarenta años casados. Es la mujer de mi vida. Así que cuando le dije cómo se llamaba, pareció meditar un instante. Luego dijo: «No es el nombre. ¡Maldita sea! ¿Cómo pude olvidarlo?»

Yo ya había identificado lo que asomaba por la manga de la camisa.

—Perdone la curiosidad —dije— pero, ¿eso que tiene en el brazo es una rosa?

—Sí —contestó, e inmediatamente se arremangó la camisa—. ¿Qué le parece?

Respiré aliviado. Habría sido demasiada coincidencia.

—Oh, muy hermosa. Por un momento pensé que tendría siete espinas.

—No, no, es de tallo liso. Ahora. Antes tenía un ejemplar muy raro, precisamente de siete espinas, pero me las hice quitar. Era toda una señal de identidad.

FIN

Los profesionales

Su cuerpo tenía que estar todavía veinticuatro horas entre nosotros, entre los vivos, por decirlo de algún modo, antes de ser enterrado. En la habitación del hospital en la que había muerto unos desconocidos se ocupaban de ese cuerpo. Apenas había dejado de respirar y ahora lo limpiaban por última vez y le rellenaban los orificios para que no expulsara líquidos. Nosotros esperábamos fuera. Mi hermano lloraba. Se había erguido antes, cuando la sintió expirar, y en ese mismo instante, al tocar por última vez su rostro, había empezado a llorar. Me lo llevé a dar un paseo por el hospital. Caminar le hizo bien y se calmó. Cuando volvimos, todos seguían fuera salvo mi padre. Ya habían acabado de preparar su cuerpo y mi padre estaba allí dentro, a solas con él. Con ella. Cuando entré, lo encontré sentado, mirando el saco en el que habían metido a su mujer. Era de paño blanco, tan aséptico como todos los rincones del hospital. Me senté con él. En una bolsa habían metido las cosas que mi madre había llevado al hospital. Había muerto en aquella habitación vacía. De paredes blancas. Donde va a morir la gente ahora. Yo miraba el bulto que había sobre la cama y no hacía más que pensar lo mismo que todos mis hermanos. Mamá ha muerto. Mamá ha muerto. Mamá ha muerto. Pero no lloraba. Pensaba en mis hermanos, en la pequeña, en las cosas que había que hacer. Fuera esperaban mis hermanos y los hermanos de mi madre. Éstos no habían llegado a tiempo de verla viva. Venían de Italia y aparecieron en el hospital diez minutos después de que muriera. Cuando vino el celador que se encargaba de bajar el cuerpo, lo seguimos en una silenciosa procesión de la que los demás pacientes preferían quitar la mirada, por superstición o por miedo. En la sala de duelos nos esperaban los primeros profesionales. Eran dos o tres hombres serios, encorbatados y aferrados a su maletín lleno de folletos de información. Nos trataban con cierta respetuosa lejanía, como si fuera indecente que ellos sintieran pena, como en efecto era. Tanto dinero por esto, tanto por esto otro. Mi madre acababa de morir y no tenía nada. Se la podía ver ya en su correspondiente cubículo. Le habían descubierto el rostro, pero aún no tenía ataúd y estaba sencillamente tendida, cubierta por una sábana de hospital. La habitación estaba desangelada, triste, pero no era el vacío de todas las cosas, sino la muerte que nos desdeñaba por el momento. Bajo la sábana se notaba el cuerpo anormalmente abultado de mi madre. El único mal que le vi hacer fue ser demasiado buena, amar demasiado, confiar demasiado, pero había muerto de forma horrible, des-

proporcionada. Primero se le había extinguido el cuerpo, la muerte la había dejado en los huesos para luego hincharla. Poco a poco pero cada vez más. Hasta que no pudo caminar. Hasta que no pudo hablar ni respirar. La habían limpiado, pero todavía me parecía sentir ese hedor de cuerpo que se acaba, un hedor que yo imagino amarillo por el color de su piel, un hedor que para mí es la muerte que me entra en los pulmones. Mi padre revoloteaba por ahí mientras nosotros decidíamos cómo hacer el entierro. Se iba a ocupar el ayuntamiento, pero al final llegamos a un acuerdo con uno de los profesionales. Tanto dinero por esto, tanto por esto otro. De pronto mi madre estaba ya en un ataúd y tenía flores a su lado. Me sentí mejor, supongo, aunque daba la impresión de que habían tenido el ataúd escondido al otro lado de la puerta, estudiando el modo de acercarse a ese puñado de hermanos italianos, calculando las posibilidades que teníamos de conseguir dinero y cuánto estaba a nuestro alcance. Yo he sido siempre más pobre de lo que cualquiera de los que me conoce imagina, y me sigue provocando cierta repulsión la facilidad con la que el dinero es capaz de conseguir las cosas. Ya estaba todo listo. Mañana, a tal hora, el velatorio. Después, a tal otra hora, el entierro. Entonces nos fuimos, ya nada nos quedaba por hacer allí. Acompañé a mis tíos a su hotel y luego me fui a casa. Dejé que pasara la tarde y se me viniera encima la noche. Y estaba solo y jamás había estado tan solo. Sólo, de vez en cuando, un pensamiento me volvía a la cabeza. Mamá ha muerto. Mamá ha muerto. Mamá ha muerto. Pero no era capaz de llorar. Las últimas noches ninguno de nosotros había dormido demasiado, así que me dejé llevar por un sueño intranquilo empañado de tristeza. Llegó la mañana y los ruidos, la ducha, la gente en la calle, todo mitigó la soledad pero no la hizo desaparecer. Una vez más hice el camino que separaba mi casa del hospital. Pensaba en mi madre, en las cosas que dijo las veces que despertó del coma. La primera vez que lo hizo dijo que tanto movimiento le impedía subir la escalera. Su despertar del coma era como el de un sueño. Un mal sueño, porque la veíamos debatirse por dentro. Su enorme frente presidía un rostro cadavérico, chupado, y la boca, a la que apenas le quedaban dientes, se abría en el esfuerzo de respirar. Tenía el ceño constantemente fruncido. Como dijo que el movimiento le molestaba, mi padre y mi hermano impidieron que las enfermeras la lavasen, de modo que empezó a rodearla el hedor de la muerte. Una vecina interrumpió mis pensamientos. Conocía a mi madre desde hacía casi treinta años, pero iba al velatorio con el regocijo de un niño que va al circo. Era la alegría de haberla sobrevivido, o la costumbre de la muerte. El velatorio, de todos modos, era ya, en el momento en que yo llegué, un verdadero circo. Una conocida de mi madre había tomado las riendas de la velada y hacía de anfitriona para cada visita. Éstos son los hermanos de Felicitas, éste es uno de sus nietos, éstos son... La mujer actuaba de forma totalmente desenvuelta, estaba metida en su papel. Su rostro mostraba el punto justo de dolor, ni más ni menos, el punto justo de conmiseración, también el necesario desprecio para estar allí haciendo lo que se le escurría por los ovarios. ¡Dios, y mi madre no podía tragar a esa mujer! Había despertado ella del coma por segunda vez y había allí dos amigas suyas. Quiso decirnos algo, pero al verlas comentó: Luego me despierto para decíroslo. Mi hermano dijo: ¿Y si no despiertas? Y ella contestó: No te preocupes, me despertaré para deciros eso. Y efectivamente se despertó. Pero ahora se acerca a mí esa señora que cree que el entierro de mi madre necesita una dirección. Mi madre se movía entre esa gente, y sabía mucho de su falsedad, pero aguantaba a su lado, quizá pensando que era ella quien debía dar autenticidad a las cosas. Se acerca a mí esa señora y quiere ocuparse de mi transporte hasta el cementerio. Sabe que llevo una hora evitándola descaradamente, pero finge que no me ha reconocido. No puedo evitar recordar, cuando la veo, que yo besé a su hija cuando era niño. Y su hija es ahora tan parecida a ella. ¿Y si le diera cuatro gritos? ¿Y si le dijera que es una farsante? ¿Que deje de ejercer de profesional de la muerte? No merece la pena, claro, y educadamente pero sin asomo de sim-

patía declino la invitación para aguantarla durante el trayecto hasta el cementerio. No sirve de nada hacer el numerito. Dirán que es la resaca de la muerte y no el hastío de la vida. Y miro a mi padre, además, y siento cierta repulsa. En realidad, una repulsa abierta y frontal. Él también conoce su papel, pero no lo hace demasiado bien. Se siente el centro de todo lo que ocurre, y Dios sabe que él adora ser el centro. Hay allí quizá cincuenta personas que giran a su alrededor. Se ha vestido con la siempre limitada elegancia del que es pobre y luce una especie de media sonrisa de beatitud, como si la muerte le hubiera purificado, a él, y no a ella. No había llorado entonces siquiera, él era el que mejor preparado estaba para esa muerte. Dos años antes, cuando la enfermedad de mi madre había empezado a hacer los primeros estragos, mi padre me había dicho: No nos engañemos, se va a morir en breve. Si mi madre estuvo triste en ese breve tiempo que le quedaba fue por él, por cómo se preparaba para su vida después de ella, con una desfachatez que a todos nos producía rechazo. Pero qué podían importarle a ella las cosas de la vida cuando había empezado ya a tratar con la muerte. Y sin embargo quería mantener nuestra entereza. Mi padre fue el primero en perder la esperanza. Y Dios sabe que lo odio por no haberla cuidado siquiera los últimos meses. Lo odio por dejar que mi madre hiciera la compra y limpiara la casa y trabajara e hiciera la comida hasta que su cuerpo no supo ya moverse. Ni siquiera fue capaz de fingir algo de fe en la vida. Y ella quería mantener intacta nuestra esperanza. Eso dijo, cuando despertó de nuevo, en ese coma en el que habló por última vez con la vida. Nos dijo, aún no está todo perdido, no perdáis la esperanza, pero no por mí, por vosotros. Eso dijo, pero no pude encontrar la esperanza dentro de mí. De camino al cementerio, formamos una caravana de coches detrás del de la funeraria. La M-30 es distinta cuando estás siguiendo el cuerpo de tu madre que ha muerto. Otra vez estoy con extraños. Una pareja joven, que tiene la editorial para la que trabajaba mi madre. Ellos no fingen. No nos dan sus condolencias. Pero quieren que ocupemos el puesto de mi madre. Alguien que traduzca del italiano. Dicen que dejó un libro a medias, de modo que me comprometo a acabarlo. El cementerio está en el centro de la ciudad. Es uno de esos en los que crees que ya no entierran a nadie de viejo que está. Sin quererlo, de pronto me encuentro en cabeza de la procesión. El tiempo ha volado como nunca. Ahora veo el cajón donde está su cuerpo y hace unos meses que han sido como días supe que iba a morir. Definitivamente. Mi madre no quería ir a la consulta del médico, ella ya sabía que se moría, y mi padre tenía miedo. Así que fui yo. Mientras esperaba que el especialista me atendiera, sentí un mareo y me tuve que apoyar para no caer al suelo. Era todo tan irreal para mí. Me estaban pasando cosas que siempre crees que nunca llegarán. El doctor fue claro. Hay pocas esperanzas si ingresa, ninguna si no lo hace. Luego le doy la noticia a mi padre y me voy a trabajar. Yo sé que ella no quiere pasar el tiempo que le queda en el hospital. Y de camino al trabajo me echo a llorar. No quiero que el tiempo pase. Pero ha pasado y ahora ella está en el ataúd y yo la sigo. Mi padre está a mi lado cabizbajo y compungido. Aún tengo la impresión de que no siente nada, sólo intenta estar ahí y mantener la compostura. Introducen el ataúd en una pequeña capilla y el cura del cementerio pronuncia unas palabras. ¿Cuántos muertos pasarán por allí? ¿Cuántas veces habrá dicho el mismo discurso sin sentido para él? ¿Hubo alguien que creyera sus palabras alguna vez? Ni siquiera sabe pronunciar el nombre de mi madre. Alguien se lo susurró un momento antes de hablar. Nadie sabe decirlo correctamente, de todos modos. Felicidad, Felicitas, Felícita, Felicitá. A ella le daba igual, la llamaran como la llamaran era la misma. De modo que el cura pronuncia su discurso para los muertos y los demás profesionales escuchan o fingen que escuchan, nunca se sabe. Alguien me ha empujado y estoy de pie en la primera fila de bancos junto a mi padre. Parece agradecer las palabras del cura, y creo que un momento antes ha sido él el que ha susurrado al cura el nombre de mi madre. La voz monótona y hueca

se pierde en el aire y seguimos nuestro camino hacia el nicho. Le ha tocado en la parte más alta y una pequeña grúa la sube hasta allí. Los operarios que la entierran no quieren hacerse notar. No nos miran ni se cruzan en nuestro camino. Quién sabe por qué azares de la vida han acabado trabajando allí. El cura se dirige a mi padre y le pregunta cuántos hijos tuvo la difunta. Intenta mostrar ahora, demasiado tarde, algo de interés. Pero lo olvida al instante, con un ligero asentimiento. Alguien dice: Qué bien está ahí, cerquita del cielo. Mi padre también lo dice, como si no lo hubiera oído y fuera idea suya. O quizá no lo ha oído y tiene el mismo pensamiento absurdo. Por la tarde hay una misa fúnebre. Otra vez todos los hermanos sentados uno junto a otro en las primeras filas, escuchando al cura. Y el cura que dice que acompañó a mi madre en su última etapa. Dios mío, cómo puede mentir descaradamente desde el púlpito. Porque mi madre había pasado el último par de años sin pisar esa iglesia por desavenencias con ese mismo cura que ahora la ha apoyado hasta el final. Y si miente con tanta facilidad ante nosotros, que sabemos la verdad, no quiero ni pensar la de mentiras que dirá desde ahí, desde ese púlpito blanco. Su voz no pierde nunca un ápice de convicción, no ha temblado. Es un profesional. Y mi padre por ahí con su sonrisa de beatitud. Con gusto abofetearía esa fingida cara de santo. Durante una semana voy todos los días a casa de mi padre para acabar la traducción que mi madre dejó a medias. Veo cómo mi padre inicia la «nueva etapa» de su vida. Da la impresión de que espera que todo le vaya mejor ahora que no está ella. Antes de morir, mi madre despertó otra vez. Hacía dos días que debía estar muerta según la doctora, pero ella se resistía a irse. Despertó otra vez y se aferró a mi padre y le pidió permiso para irse. Dijo: dimi di si, dimi di si, dimi di si. El contestó: Sí, sí, sí. Y ella cerró los ojos y dejó de luchar. Murió entonces, y no unas horas después, cuando dejó de respirar. Podría contar ahora cosas de mi padre, de cómo empezó a buscar pareja en cuanto mi madre murió o de las cosas que hizo cuando aún vivía. Nada limpio, nada bueno. Nada que evite el desprecio que siento cuando reconozco el rostro de mi padre en el mío. Podría contároslo pero no lo haré. Dejemos a los vivos con los vivos. ¿Y mi madre? Escribieron un epitafio en su tumba. Algo que dijo un día y mi padre decidió grabar ahí. Inexplicablemente, no lo supe hasta que contemplaba desde la tierra cómo un albañil cegaba su nicho. Mi hermano se inclinó junto a mi oído y me dijo la frase, y la frase es: La vida es para entregarla. Se me acercó entonces un vecino, un hombre bueno, y me dio la mano y lloraba a lágrima viva y me dijo: Era una gran mujer. Y a mí me martilleaba en la cabeza: La vida es para entregarla, La vida es para entregarla, La vida es para entregarla. Miré para otro lado y apenas pude contener las lágrimas en el umbral de mis ojos. El cortejo salió de allí, pero yo me las arreglé para esconderme entre los túmulos y me puse a caminar nerviosamente frente al nicho de mi madre. Lloraba mientras me preguntaba: ¿Por qué? ¿Por qué así? ¿Por qué todo? No tenía ninguna respuesta y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas.

FIN